

## 014. Los Goliats modernos

No creo que, entre todos los pasajes de la Biblia en el Antiguo Testamento, haya uno que más haya impresionado nuestra imaginación de niños como la lucha de David contra el gigante Goliat. Pero es ahora, de mayores, cuando captamos todo el mensaje que encierra un hecho tan brillante (1Samuel 17,20-52)

David es un muchacho simpático, rubio, muy bien parecido, que se presenta en el ejército del rey Saúl, el cual se encuentra frente a frente con los filisteos, y en una lucha desigual. Ambos ejércitos determinan jugarse la suerte entre dos guerreros. Pero los israelitas están espantados:

- *¿Quién va a poder contra ese gigante que cada día se ríe de nosotros, nos amenaza, y nos invita a que le vencamos?...*

Ahora, interviene ante Saúl el muchacho simpático:

- *¡Que nadie se desanime por causa de este filisteo! Yo me encargo de darle su merecido.*

- *No, hijo mío. Tú no puedes nada contra él, que es un hombre de armas desde su juventud, y tú eres un muchachito nada más.*

- *¡Déjame! Porque él confía en su fuerza y en su espada, y yo confío en el Señor.*

Saúl, viéndose de todos modos perdido, cede al fin:

- *Vete, y que el Señor Dios esté contigo.*

David, al no poder con la armadura que le echan encima, se cuelga el zurrón y agarra su cayado de pastor. No lleva más armas que una honda y cinco piedras lisas, que mete en el bolso. Todos lo ven saltar al campo, y contienen mudos la respiración:

- *¿Qué va a hacer este chiquillo contra semejante hombrón?...*

El filisteo, acompañado de su escudero, lo ve avanzar, se burla de él y lo maldice:

- *¿Que soy yo acaso un perro o qué, para que vengas con un bastón? Acércate, para echar tus carnes a los pájaros del cielo y a los animales del campo.*

Pero David, el muchacho guapo, replica sin inmutarse:

- *Tú vienes a mí con espada, con lanza y una aljaba, y yo voy a ti en nombre del Dios de Israel, de quien tú te has burlado. Dios te entregará en mi mano, te cortaré la cabeza a ti, y serán los soldados filisteos los que paren en comida de las aves del cielo y en pasto de los animales de la tierra.*

No se dicen más los dos combatientes.

Al acercarse el filisteo, David saca del zurrón la primera piedra, la sujeta en la honda, la dispara, y va a clavarse en la frente del gigante, que cae en tierra herido de muerte.

Se abalanza David, y, como no tiene espada, le quita la suya al filisteo y con ella le corta la cabeza, que levanta en alto enseñándola a los dos ejércitos.

Mientras los soldados filisteos huyen, las mujeres de Israel se hacen eco de la victoria, y salen a recibir al héroe cantando y bailando:

- *Saúl hirió a mil, y David a sus diez mil.*

David será siempre el emblema de Israel. Quien está con Dios, puede contra todos los enemigos.

Pero, ¿es David una figura sólo de Israel? No; David no queda limitado a la gloria de Israel.

David tiene el privilegio de representar a todos los que saben luchar y vencer las batallas de Dios.

Esas batallas que no se libran precisamente con espadas, cañones, tanques o bombas nucleares.

Sino que son todas las batallas que se combaten contra todo lo que se opone al Reino de Dios, dentro de sí mismos o en el campo que sea...

Como católicos, muchas veces podríamos descorazonarnos. ¡Hay que ver cómo se nos combate! Los fanáticos integristas...; los marxistas ateos...; los de las sectas fundamentalistas...; los promotores del vicio organizado, que echan a perder todos nuestros esfuerzos...

Estamos como David ante el gigante. Pero hay que confiar. Dios se saldrá al fin con la suya. El mal no triunfará...

Pocas batallas habrá librado la Iglesia tan duras como la que se desarrolló en Italia en el siglo diecinueve. Al ser despojada la Iglesia de los Estados Pontificios, pareció a muchos que toda la Iglesia se iba a ir por tierra. El Reino de Italia le robaba todo al Papa, que quedaba sin nada absolutamente. No podía contar ni con un metro de tierra cuadrado para actuar con independencia de las potestades civiles. A partir de este momento, el Papa viviría sólo de la caridad de los cristianos. ¿Qué ha sucedido después? Nunca el poder del Papa ha sido más fuerte ni respetado que desde entonces. El pequeño David del Vaticano les da miedo a muchos gigantes...

Sabemos además que la vida en Cristo exige lucha sin cuartel contra nosotros mismos. Jesucristo nos lo advirtió, al poner en nuestros labios aquella súplica: *¡No nos dejes caer en la tentación!...*

Y nos encargaba Jesucristo repetir estas palabras porque podemos sucumbir ante los halagos de un mundo que nos llama a divertirnos, a gozar, a saltarnos todas las leyes de Dios...

Pero, ¿quién es el vencido?... Sólo quien no confía en el Señor. El que cuenta con Jesucristo, no sucumbe nunca.

La lucha no desanima. Al contrario, estimula y da coraje. Un militar se enorgullece de las medallas que luce, ganadas en la guerra. Nosotros, sabemos cuál es la condecoración que Jesucristo nos tiene reservada. Nada más, y nada menos, que la misma que le colocó el Padre en su Ascensión, a la vista de todos los Ángeles del Cielo...